

ENVIDIA

© del texto: Pizca Cifuentes

© portada: Gonzalo Fidalgo (www.gonzalofidalgo.com).

© maquetación y diseño: Punto Rojo Libros, S.L.

© de esta edición:

Punto Rojo Libros, S. L., 2016

Cuesta del Rosario, 8

Sevilla, 41004

Teléfono: 911.413.306

WhatsApp: 622.843.306

info@puntorjolibros.com

www.puntorjolibros.com



Impreso en España • Unión Europea

Primera edición: octubre 2016

ISBN: 9788416937035

ISBN eBook: 9788416937561

Reservados todos los derechos.

«Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra».

Pizca Cifuentes

ENVIDIA

PUNTOROJO
libros

“La envidia es el adversario de los afortunados”

Epicteto de Frigia

PRÓLOGO

En este libro la envidia no solo es el adversario de los afortunados, como dijo Epicteto de Frigia, sino que va más allá; es un cenagal que lo mancha todo de barro hasta distorsionarlo, hasta convertir los rostros de sus dos protagonistas (Gabriela y Diana) en uno solo.

Es una historia que se muestra directa y violenta. Las cartas se ponen sobre la mesa ya desde la primera frase de Diana; lo que ella daría por vivir en la casa de Gabriela. Empezar envidiando una casa y luego unos zarcillos y luego batallar por el mismísimo Dios; como si también Él fuera susceptible de convertirse en una posesión.

En “Envidia” todos sus elementos están contruidos alrededor y al servicio del contraste. La abundancia frente a la escasez, la niña que no desmiente nada de la realidad frente a la que se mece en un columpio arrullada por fantasías, lo perverso frente a lo incauto. Los dos extremos de una cuerda tan tirante que la propia tensión impide que se rompa. Dos polos tan exactos, y en el fondo, tan iguales, que llegan a conformar un equilibrio perfecto.

El recorrido que Pizca Cifuentes hace en esta novela nos hace preguntarnos sobre el eterno juego del poder. ¿Quién consigue estar arriba y

quién abajo y por cuánto tiempo en realidad? Porque, en definitiva y progresivamente, los papeles de ambas protagonistas se van intercambiando hasta el desenlace. Cabría preguntarse también si el que manda no es el más esclavo.

La envidia, el odio y la locura conforman el fondo de esta historia. Bajo una trama que no se permite perder el tiempo, descarrila por último en la palabra “arrepentimiento”. Y ahí nos deja su resonancia y su eco. Aunque haya ecos que olvidan su vocación y se quedan en silencio.

Los personajes de Gabriela y Diana recuerdan en vehemencia y testarudez a aquellos dos protagonistas de Joseph Conrad en “El duelo”. Tan inflamados por su particular batalla que consiguen transformar el tiempo en algo eterno.

Deseo de todo corazón que esta novela tenga una vida muy larga; ya que la vi nacer y crecer con esa ilusión que Pizca supo poner en cada una de sus páginas.

Elena Belmonte

Escritora y profesora de técnicas narrativas

A mi madre, a su ternura.

PRIMERA PARTE

Marzo de 1984

CAPÍTULO 1

GABRIELA

Seguro que recuerdas ese día como si fuera ayer. Tu estómago sonaba con fuerza, el viento quería tumbarte a pesar de tu peso. Con esfuerzo conseguiste abrir la puerta de cristal de aquella tetería próxima a tu casa. Hacía un frío inusual para un mes de marzo en Madrid. Te sentaste, te quitaste los guantes, el gorro y te atusaste el pelo. Era como un trozo de tu casa, ¡todo estaba tan bien puesto!, aquella vajilla de porcelana inglesa y los cubiertos de plata bien brillantes. Cogiste el mantel de hilo para verlo de cerca y la fragancia de las diminutas flores del jarroncito te obligó a cerrar los ojos.

—Buenos días señora, ¿qué desea tomar?, te dijo la camarera perfectamente uniformada.

—Un té bien calentito y un muffin, por favor.

En la mesa de al lado, había un grupo de chicas que reían sin cesar y enfrente una mujer sola, muy bien vestida y cubierta con mucho maquillaje. Sus uñas eran largas y pintadas de rojo, ojeaba una revista de moda.

Levantó la vista y se puso las gafas para mirarte. Tú hiciste lo mismo, en ese momento os reconocisteis las dos a la vez. Habían pasado treinta años.

Una maraña de recuerdos te vinieron a visitar, pero por encima de todos ellos y con toda claridad, un suceso dormido, casi enterrado te atrapó como un disparo.

Diana estaba sentada sobre ti y apretaba con fuerza una almohada contra tu cara. Golpeabas con desesperación contra su espalda y las piernas contra el colchón. Ella resistía en silencio, te faltaba el aire en los pulmones. El tiempo se paró mientras tu angustia crecía a pasos agigantados. Tus manos le golpeaban queriéndole romper la espalda, pero su fuerza era inmovible. Su silencio te aterraba, pensabas que había decidido matarte, pero tu desesperación no dejaba que te rindieras. Al fin Diana levantó la almohada y cuando viste su cara comprobaste que sonreía “odio”, estaba satisfecha al ver hasta donde había llegado. Siguió encima de ti un largo rato, mientras dabas inmensas bocanadas al aire.

Un trozo de muffin hizo que te atragantaras, mientras tosías, ella empezó a hablar, a tu lado, porque ya había cogido sus cosas para sentarse junto a ti.

—Pero Gabriela, ¡qué sorpresa, cuántos años!, ¡Qué pasa!, ¿es que no te alegras de verme?, dijo antes de que pudieras recuperarte.

Había cambiado su tono de voz, ahora era más metálica. Diana no paraba de hablar, pero no podías escucharla, hasta que en un momento dado, puso su mano sobre la tuya.

—¡Pero mira que uñas, sigues tan desastre como siempre!, ¿es que no sabes que existen uñas de porcelana?

Había llegado el momento de irte, pero no sabías cómo deshacerte de ella y volvió a la carga.

—Bueno, cuéntame. Sé que te casaste con un mediquito rural, ¿cómo te va?

—Bien, bien, dijiste arrastrando las palabras.

Como cuando eras pequeña, te empezaron a sudar las manos y notabas cómo temblabas igual que una hoja de otoño.

Pero Diana seguía hablando sin parar, de su éxito profesional, de su hija Alejandra que gracias a su esfuerzo, podía estudiar en Estados Unidos. Pero a tí todo aquello no te interesaba.

—Me tengo que ir, mi familia me espera, conseguiste decir.

Pero ella rápidamente contestó:

—¡Pero qué prisa tienes, mujer!, ¡espera al menos a que termine de merendar!, no comía porque no paraba de hablar.

—¡Qué tiempos aquellos, Gabriela, ¡Cómo disfrutábamos jugando juntas!, ¿te acuerdas?, ¿Y dónde vives?

—Sigo viviendo en “Almagro” con mi madre, mi marido y mis hijos.

Diana casi te fulmina con su mirada. Recogía las migas del mantel enérgicamente y las colocaba sobre el plato mientras soltaba una ración de su veneno.

—¡Anda que no estará contento “el mediquito”!

¿Y quién era ella para hablar así de tu marido si ni siquiera le conocía? y ya no quisiste oír nada más. Llamaste a la camarera para pagar, pero ella no te dejó hacerlo.

—Gabriela, hoy pago yo. Todo será por el feliz reencuentro.

DIANA

Treinta años de ausencia me apartaron de Gabriela, años irrecuperables, lo sé. Ella vivía en “Almagro”, la casa de mi infancia, ¡lo que yo daría por vivir allí, joder!

Recuerdo cuando tenía nueve años y acompañé por primera vez a mi madre al trabajo. Cuando llegamos a la verja de hierro, dijo: “quédate bien pegadita a mí, Diana, hablo en serio”.

Cuando entramos en la casa, vi que era un palacio. Yo nunca había visto una cosa así. Cuatro doncellas vestidas de negro con cofia y delantal limpiaban los muebles concienzudamente y arreglaban las flores en los jarrones. Subimos por una escalera inmensa de mármol blanco. La habitación era enorme. Al acercarnos al tocador, aquella señora me cogió por la barbilla y me dio un beso.

Mi madre me hizo sentar a su lado. Como el suelo estaba frío, le pedí un almohadón. Alicia señaló uno granate de terciopelo que estaba encima de su cama. Su tacto me gustó.

Mi madre no hablaba, solo peinaba aquella larga melena paciente-mente. Aquellos movimientos lánguidos me hacían bostezar y quise dar vueltas sobre el cojín para no dormirme.

De los lados de las ventanas colgaban unas pesadas cortinas como las de la protagonista de “Lo que el viento se llevó”. La cama era inmensa, con un dosel y unas sábanas que volaban con la brisa del viento. En el secreter de madera había unos frasquitos de plata y unas plumas blancas y negras, ¿es que los ricos no usaban bolígrafos? Todo aquello estaba delante de mis ojos, pero solo podía imaginar que era mío.

Di unas cuantas vueltas más sobre el almohadón hasta que esa señora me llamó la atención.

Mi madre dejó el cepillo sobre el tocador, empezó a retorcer mechones y se metió unas cuantas horquillas en la boca. Cada mechón era colocado en un sitio, parecía que caprichosamente, pero cuando los colocaba uno sobre otro, todo cuadraba al milímetro, porque mi madre en su trabajo era la pera. Una vez que hubo terminado, le colocó el espejo detrás del peinado.

—¡ Magnífico, Helena, buen trabajo!

Se levantó cruzando aún más su bata de seda rosa. Pude comprobar su porte de princesa y a mi madre la vi enormemente pequeña.

—Helena, espera aquí, voy a buscar a Gabriela.

Quise coger el cepillo de plata, pero mi madre no me dejó.

De repente vi entrar a esa niña de la mano de una doncella regordeta y con los mofletes rojos. Venía vestida con el traje de primera comunión.

Era un vestido precioso, con una capota llena de jaretas, un misal de nácar entre las manos, en la muñeca una pulserita de oro y una medalla rodeada de perlas. Parecía la muñeca de una tarta.

—¡Pero qué guapa estás, Gabriela!, le dijo mi madre quitándole la capota con una delicadeza extrema, ¡ya solo faltaba eso, que mi madre también la piropeará, a esa tía cursi!

Cogió unas pinzas y con gran destreza moldeó su pelo formando unos maravillosos tirabuzones dorados, los cuales me hicieron que sintiera una rabia incontrolable.

—Ya está lista, Reme.

Esa niña se cogió de la mano de aquella doncella y levantándose el vestido, para que no se le manchara, se acercó a mí y me dijo:

—¿Cómo te llamas?

Y entonces estiré la pierna y le dí una patada con todas mis fuerzas. La huella quedó grabada en el vestido inmaculado. Reme tiró de ella y frotó entre sí los dos trozos de tela, hasta casi eliminar la mancha y mirándome fijamente y con cara de odio dijo:

—¡Eres de la piel del diablo!

Y escondí la cara entre las piernas.

CAPÍTULO 2

GABRIELA

Al llegar a casa lanzaste las llaves, el gorro y los guantes sobre la cómoda de la entrada, venías enfadada y con ganas de desahogarte y pensaste en tu madre, aunque últimamente no estaba para muchas zarandajas. Aprovechaste que Margarita subía la bandeja del té para cogerla.

Te gustaría largarte, desaparecer, para olvidarte del funesto encuentro. Podías instalarte en Villarrube, aquel maravilloso pazo en Galicia, en esa casa grande llena de hortensias.

Recuerdas cuando tu madre era joven, como os decía que estaba siempre cansada, que tenía la tensión baja.

Pero lo mejor del verano eran los miércoles, ese día tu madre no tenía la tensión baja. Desde por la mañana temprano vosotros, ella y Reme, con dos cestas de picnic y una manta de cuadros, iniciábais la marcha hacia la playa. Tu madre era la que marcaba el ritmo con aquella canción en francés que tanto le gustaba. Cuando llegábais a la pocita, todo eran gritos y aspavientos. Los chicos eran los primeros en desvestirse, vosotras recibíais la orden de giraros y lo hacíais sin rechistar.

Cada año esa poza se mantenía allí, imperturbable, presenciando vuestros juegos y vuestras risas.

Reme y tu madre llevaban unos trajes de baño negros con falditas que les hacía el pecho puntiagudo. Reme no se metía en el agua porque decía que no sabía nadar, pero tu madre sí, ella parecía una sirena, se ponía un gorro de baño azul claro con flores pegadas y una correa blanca por la barbilla.

Se sentaba sobre una roca saliente y metía la punta del pie muy estirada para probar el agua. Cuando iniciaba el baño, todos la mirábais. Cuando terminaba de nadar salía del mar de aquella manera tan femenina que solo ella sabía hacer. Estiraba su toalla, se tumbaba boca abajo con las piernas flexionadas y charlaba con vosotros mientras tomábais tortillas de patatas, sandwiches y empanada.

¡Qué recuerdos!, tu madre ya no era ni sombra de lo que fue, aunque mantenía su elegancia, pero los años habían dejado su huella. La artrosis fue deformando cruelmente sus manos de artista y de su cabello vigoroso solo quedaba un pelo blanco y debilitado, recogido en un moño bajo.

Antes de entrar, llamaste a la puerta.

—¡Quién es!, preguntó ella.

—Soy yo, mamá, te traigo la merienda.

No te gustaba merendar junto a ella porque no te dejaba en paz, siempre se estaba metiendo contigo “al menos hazlo por tu salud”, decía.

Te sentaste enfrente, tenía por costumbre servir el té ceremoniosamente, primero el azúcar, luego el limón y por último el té. Cogía el platito y la taza entre sus manos para darle vueltas con la cucharita. Nunca tenía prisa por beber, nunca tenía prisa para nada. Eso formaba parte de su esencia.

—Mamá, hoy quise comprarte los muffins que tanto te gustan, ¡pero no te vas a creer a quien me he encontrado, nada más y nada menos que a Diana, la hija de Helena, tu peluquera!

Mi madre dejó la taza sobre el platito. Últimamente la notabas más lenta de movimientos.

—¡Hay que ver lo que sufrió aquella pobre mujer cuando su hija se quedó embarazada. Venía a casa terriblemente afligida, sobre todo cuando tu padre y yo prohibimos a Diana la entrada en “Almagro” porque consideramos que era un mal ejemplo para ti. Lo peor de esta historia es que al final yo me quedé sin peluquera.

—¡Cómo puedes decir una cosa así, con esa frialdad! Eso no fue lo peor, mamá, lo peor fue en la situación que se quedó Diana. Imagino lo que debió ser para ella criar a su hija sola, no solo le dio la espalda el padre de la criatura, sino todos nosotros.

Tu madre seguía callada, para hacer lo que mejor hacía en los últimos tiempos, no opinar, pero tú querías continuar.

—¿No me vas a preguntar lo que sentimos al vernos después de treinta años?

Por fin ella se dignó a hablar.

—Pues como cuando se reencuentran dos amigas de la infancia, alegría y nostalgia, supongo.

—¡Alegría, nostalgia!, ¡tú no entiendes nada, siempre estuviste en babilonia!, siempre la consideraste como una amiga de juegos, como alguien que me entretuviese y así tú no tenerte que ocupar de mí.

Tu madre te miró por encima de las gafas.

—Vamos a ver, Gabriela. Yo siempre hice lo que tú quisiste que hiciera, ¿qué me estás reprochando?

Ella era tu madre, ella era mayor, tú solo tenías nueve años. Ella tenía que haber notado algo, pero estaba demasiado ocupada con sus compromisos. Ahora, te das cuenta de muchas cosas.

Cuando eras pequeña la adorabas, cuando te hacías una herida mientras jugabas, te soplaba con tanto amor que el escozor desaparecía o cuando te colocaba el pelo detrás de las orejas. Eran actos aparentemente superfluos, pero hoy todavía cierras los ojos para recordarlos.

Cuando te daba las buenas noches, rezabais juntas, entrelazaba sus manos debajo del pecho, y miraba al cielo. Pensabas que hablaba directamente con los de arriba.

Hubo un suceso que estuvo demasiados años escondido en tu interior y quisiste compartirlo con ella:

—¿Recuerdas aquellos zarcillos de oro y aguamarinas que me regalaste en mi puesta de largo? Ese mismo día Diana se los ponía frente al espejo y Reme, al entrar, le regañó: "quítate esos pendientes ahora mismo, no los cojas más, son de Gabriela". Ella los tiró sobre la cama y salió furiosa de la habitación. Los guardé de nuevo en su caja y los metí en el cajón de la mesilla de noche. Desde ese día los zarcillos nunca aparecieron.

Tu madre con mucho esfuerzo, se puso de pie apoyándose sobre su bastón y dijo:

—Pero bueno, Gabriela ¿a qué viene esto?

—Reme intuía que Diana los tenía y habló con Helena, ella nunca los encontró. Yo no quería que tú te enterases, los busqué durante mucho tiempo, aún a pesar de saber que estaban en su poder, porque cuando me ponía a buscarlos susurraba por detrás, "frío, frío, caliente, caliente..."

A medida que le ibas contando esto, una mezcla de impotencia y miedo se volvía a apoderar de tí, pero no por tu madre, sino por el recuerdo vivo de Diana.

—Lo peor es que fui una cobarde, que nunca me atreví a pedirselos, porque le tenía pavor, ¿sabes?, a pesar de mis sonrisas, a pesar de mi buen carácter.

Y con el recuerdo empezaste a llorar.

Tu madre estaba muy enfadada.

—¡Pero Gabriela, ¿te quieres tranquilizar?, ¡pareces una niña pequeña con un berrinche, esto no tiene ningún sentido!, ¡tú sabías que esos zarcillos eran para mí una joya de valor incalculable, eran de mi madre y tendrían que pasar a manos de mi nieta Paula!, ¡me lo tenías que haber contado entonces, no ahora!

Tú no podías parar de llorar y tu madre ni siquiera te abrazó.

Y volviste a pensar en Diana, en cuando érais pequeñas y fuisteis dos imanes de polos opuestos que se atraían irremediablemente. Su polo era la envidia y el poder que ésta le otorgaba, el tuyo era la debilidad por la falta de rencor, acudías a su reclamo como el cachorro lo hace hacia su amo.

DIANA

Mi madre me cogía de la mano hasta que, con rabia, me solté, estaba enfadada, íbamos la una al lado de la otra, sin dirigirnos la palabra. A partir de ese día, a mi madre la ví patética, con su trajecito de flores desvaídas y sus zapatos de tacón bajo deformados por los juanetes. Era guapa, pero su belleza se encontraba detrás de un velo de tristeza, estaba difuminada.

—¿Por qué esa niña tiene tantas cosas?, le preguntaba a mi madre, solo me hizo falta verla vestida de primera comunión para darme cuenta.

—Porque la vida es así, dijo mi madre sin más.

—Pues yo no quiero vivir como vosotros, quiero vivir como ella.

—Diana, las cosas no se pueden cambiar tan fácilmente, hay que conformarse con lo que uno tiene. Eso se llama resignación.

—¡Pues yo no voy a resignarme!, ¡me niego!

Sabía que la vuelta a casa sería dura, hacía mis pasos más lentos, porque inevitablemente tendría que comparar. Con nueve años ya sabía que tenía unos padres tristes que absorbían la poca energía que me pertenecía. Al llegar a casa abría las ventanas de par en par, pero mi madre me hacía cerrarlas de nuevo. Entre tanto silencio yo me ahogaba, joder, sobre todo mientras comíamos.